

Publicaciones de los Anales del Ejército y de la Armada.

LAS ECONOMÍAS
Y
LA DEFENSA NACIONAL

CONFERENCIA

DADA EN EL

CENTRO DEL EJÉRCITO Y DE LA ARMADA

EL DÍA 26 DE MARZO DE 1903

POR

D. AMÓS SALVADOR



MADRID

Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús,
Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1903

NO SE PRESTA

T= 72100

C. 208.051

R
3193

Donación de D. Amén Gobernador,



LAS ECONOMÍAS Y LA DEFENSA NACIONAL



BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



(c) 2007 Comunidad Autónoma de La Rioja 10000208051

R 003193

Publicaciones de los Anales del Ejército y de la Armada.

LAS ECONOMÍAS
Y
LA DEFENSA NACIONAL

CONFERENCIA

DADA EN EL

CENTRO DEL EJÉRCITO Y DE LA ARMADA

EL DÍA 26 DE MARZO DE 1903

POR

D. AMÓS SALVADOR

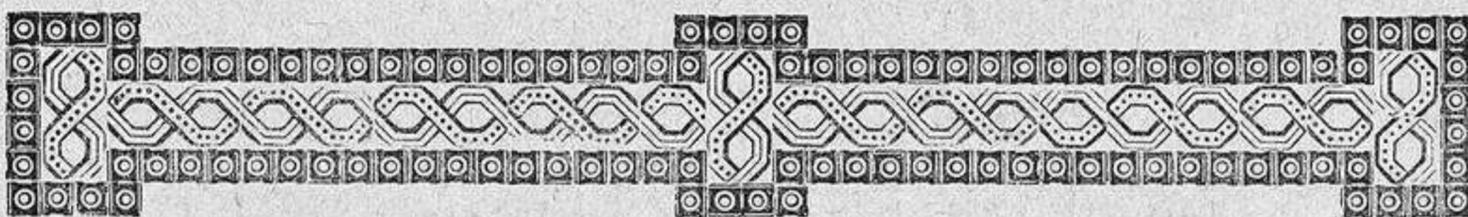


R. 87.260

MADRID

Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús,
Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1903



SEÑORES:

Os aseguro que tengo esta noche una de las mayores satisfacciones de mi vida.

Así que acabé mi carrera de Ingeniero y pude dedicarme á estudiar, no aquellos asuntos diarios á que me obligaban por fuerza mis profesores, sino aquellos otros que me eran particularmente gratos y por los que sentía verdaderas inclinaciones, la emprendí con las ciencias militares, y puedo afirmaros que más años dediqué á estos estudios que á los propios de mi carrera.

Pero entré de repente en la vida política, y metido en el tráfago de asuntos que á diario reclaman la atención del político, sin que por eso se exima de la necesidad de buscar aquel pan nuestro de cada día, que nunca niega Dios al que lo gana, bien pudiera decir que desde entonces, y van transcurridos muchos años, no habría hecho más que olvidar lo que sabía, si una afición, nunca extinguida, no me hubiera hecho guardar el contacto por la lectura de algunos artículos de revistas militares á que estaba suscripto y otras que cariñosos amigos me regalaban.

En esta situación, y por razones que no es del momento exponer, me ocurrió acudir al certamen del Ejército y de la Armada realizado últimamente, escribiendo sobre el «Concepto de la Estrategia» un menguado trabajo; pero con tal precipitación y tan improvisado, que si os dijera el tiempo en que lo escribí, no lo creeríais.

¡Me pesó cien veces! Porque, siendo el único hombre civil que acudió á aquel certamen, temía ser mal recibido, como intruso, y, sobre todo, el no haber acudido con cosa digna de la clase á que lo dedicaba.

¡Pero sucedió todo lo contrario! Apenas abiertos los pliegos, esa amabilísima clase me hizo objeto de todas sus atenciones. No sólo fué premiado el trabajo, sino impreso, recibí tarjetas y felicitaciones de gran número de Generales y Jefes; me honraron singularmente el día de la repartición de premios designándome para dirigirles la palabra; pidieron para mí, por conducto del Capitán general Marqués de Estella, Presidente de los Jurados, la Gran Cruz Blanca del Mérito Militar, que será la única condecoración que llevaré con orgullo en mi vida; y, como si esto fuera poco, me regalaron las insignias los compañeros del certamen; me han distinguido después pidiéndome artículos para inaugurar algunas publicaciones militares; y tantas y tales han sido las distinciones afectuosas y las cortesías acumuladas, que hicieron germinar en mí una gratitud sin límites que necesitaba hacer explosión, ganosa de manifestarse en ocasión apropiada; y como ahora encuentro esa deseada ocasión, por eso os decía que experimentaba ahora una de las mayores satisfacciones de mi vida!

No toméis, pues, lo que llevo dicho como exordio de mi discurso, sino como explosión de mi agradecimiento, que quiero que llegue á todos vosotros desbordado; como profesión que hago de entusiasmo por cuanto con las instituciones marciales se relaciona, y principalmente, como expresión de afecto sincero hacia vosotros los que vestís el honroso uniforme militar, que sois carne de nuestra carne, alma de nuestra alma, historia de nuestras grandezas, aliento de lo presente y esperanza de nuestro porvenir, y que, así como el sacerdote de una religión que nos promete la Gloria tiene á diario entre sus manos la Sagrada Forma, que es para el creyente también lo más sagrado, tenéis vosotros, sacerdotes de otra religión, de la religión de otras glorias, el privilegio de llevar á diario en vuestras manos y tremolar en el aire lo más sagrado para los patriotas, la bandera nacional, la enseña querida de la Patria, ante la que todos sumisos bajamos la cabeza, llenos de consideración nos descubrimos y respetuosamente saludamos! (*Muchos y muy prolongados aplausos.*)

¡Perdonadme! Perdonadme que el entusiasmo que siempre produce el hablar de estas cosas me haya hecho faltar á mi propósito de rechazar esta noche los tonos oratorios, para buscar tan sólo la claridad en el orden y exposición de los conceptos. ¡Yo os prometo que no lo haré más! (*Muy bien, muy bien.*)

Bien quisiera haber elegido un tema de ciencias militares, que no tuviera contacto alguno con la política; pero es imposible substraerse á la atmósfera que se respira: de una parte, cuantos hombres políticos han ilustrado esta tribuna han hecho lo mismo; y de otra, los temas

político-militares que se han debatido, que están sobre el tapete y que se discutirán aún por mucho tiempo, son de tal gravedad, que es forzoso que cada uno aporte el contingente de sus propias ideas, para evitar que la opinión pública se extravíe y para contribuir á formarla con el contraste, de suerte que, aun las que no sean atinadas, sirvan para robustecer las mejores, abriantándolas.

No me negaréis, en efecto, que el tema de las economías en el Ejército, así como el de la defensa nacional, anda en boca de todos, y que sobre uno y otro se hacen las apreciaciones más diversas y más exageradas. ¡No holgará, por lo tanto, el seguir dilucidando cuestiones de tanta monta!

Pero no necesitaré esforzarme mucho para convencerlos de que para tratar medianamente el tema de las economías en el Ejército necesitaría algunas sesiones. Y menos aún habría de extrañaros que os dijera que para el tema de la defensa nacional, aun suprimiendo todo lo que no puede decirse en público, que no sería poco, se necesitaría un curso nada corto.

Sin embargo, los dos temas reunidos los voy á tratar en una hora, en menos de una hora, porque algún tiempo se llevan los accidentes y digresiones, lo que equivale á decir que todo habrá de ser muy ligero. Me resigno, pues, no sólo á tratar un tema que no sea puramente militar, sino á tratarlo como hombre político, á quien todo tiempo le falta y toda holgura le está vedada, de suerte que, en todo caso, somos llevados á la improvisación, la cual no produce más que primeros lineamientos, esquemas, bocetos, esbozos, fuegos artificiales, en fin, sin consistencia ni meollo.

Basta pronunciar la palabra economías, para que se imaginen frente á frente y cara á cara los Ministerios de Hacienda y de la Guerra y para que se vea planteado un problema parecido al de la prioridad de la gallina ó del huevo, si me permitís lo vulgar del recuerdo.

Siendo evidente que sin Hacienda no hay Ejército y que sin Ejército no hay Hacienda, se empeñan muchos en afirmar la prioridad de la una ó del otro, aunque no se vea claramente demostrada la necesidad ni la conveniencia siquiera de tales afirmaciones.

A decir verdad, no veo aquí la misma dificultad que en el caso que hace un momento os recordaba; porque la prioridad de una ú otra pende del grado de progreso de las naciones.

En el estado embrionario de las sociedades, nadie pretenderá cobrar impuestos ni ordenar una Hacienda en medio del desorden y de la anarquía: lo primero es establecer la tranquilidad, dar sólidos fundamentos á la paz pública, y para ello es necesario que una fuerza se organice con aquellos recursos que cada uno pueda individualmente aportar á la naciente sociedad armada, y que hallándose aún muy lejos de lo que estamos acostumbrados á tener por Ejército, será, no obstan-

te, poderoso para afirmar el orden, viniendo después á aparecer la Hacienda como elemento de gobierno.

Pero cuando no se trata de esas fuerzas armadas, mantenidas por recursos individuales, sino de verdaderos ejércitos, y sobre todo de ejércitos á la moderna, con la inmensa variedad de sus costosísimos servicios, entonces no cabe soñar siquiera en que puedan mantenerse sin Hacienda próspera.

Bastaría con esto para poder dar por resuelto el infantil problema de la prioridad; pero es mucho mejor no considerarlos aislados ó dependientes, sino compenetrados entre sí de tal modo, que no sea posible concebir un elemento sin el otro; porque sin Ejército no se puede confiar en la paz, que es el primer fundamento de la Hacienda, y sin la Hacienda no se puede pensar en los gastos que exige la creación de un buen Ejército, y mucho menos en los sacrificios que impone una situación de guerra.

Son tales esos sacrificios, que nadie puede pretender que en casos de guerra no superen mucho los gastos á los ingresos ordinarios, y aun á los extraordinarios que pudieran imponerse con carácter temporal. Consecuencia de ello es el que los conflictos civiles y las guerras nacionales y extranjeras se vean retratados en dos partidas del presupuesto: la deuda pública y el déficit.

En la primera se hallan condensados entre nosotros doce siglos de guerras, ocho para llegar á la unidad de la Patria y al descubrimiento de un nuevo mundo, y cuatro para perderlo y conservar la independencia; siendo para asombrar á los dos mundos el que aún respiremos y el que todavía aspire nuestra perseverancia sin ejemplo á reconstituciones que merecemos y que no dudamos alcanzar. (*Muy bien, muy bien.*) Pero el segundo, el déficit, no sólo acusa el pasado tormentoso, sino el actual desorden entre los elementos económicos, que es el mayor enemigo de la institución armada. Por eso el tiempo de paz exige imperiosamente el restablecimiento del equilibrio entre esos elementos, que asegura al Ejército los medios de constituirse y desarrollarse y devuelve á la Nación la posibilidad de nuevos sacrificios en los conflictos guerreros posteriores. Así es que en el equilibrio de los presupuestos veo yo el alborear de los triunfos, y en la Hacienda próspera el pleno día de la victoria. (*Muy bien, muy bien.*)

Pero ¿cómo se acaba con el déficit, que es el mayor enemigo del Ejército?

He aquí los únicos caminos. Vigorizar y desenvolver la riqueza pública, para obtener de ella mayores ingresos, que es el mejor de los sistemas; pero que llega á ser empresa de titanes en los períodos de desventuras, porque en ellos todo se empequeñece y encoge, y no cabe pretender que á las empresas que necesitan trabajo y capitales, vayan **hombres y caudales amedrentados y empobrecidos.**

El segundo sistema consiste en imponer nuevos sacrificios á la misma riqueza, cosa propia de los momentos difíciles y hacedera para el verdadero patriotismo; pero que llega á ser á veces insigne locura, porque aniquila los recursos económicos y empobrece al país, no siendo dable confiar en que la pobreza proporcione jamás soluciones financieras.

Queda el tercer sistema, que consiste en mutilar los gastos, introduciendo en ellos economías, casi siempre perturbadoras.

No sé cuándo he dicho yo algo sobre las economías en revistas militares, que ahora he de repetir. Los que las hayan leído, poco encontrarán de nuevo en lo que ahora diga, aunque haya de ampliar algunos conceptos; pero no puedo evitar el que esta parte de mi discurso sea una repetición; porque siempre que las mismas cuestiones me salgan al paso, es natural que las trate con los mismos razonamientos y hasta con las mismas palabras.

Entienden algunos que las economías deben reducirse á suprimir en los presupuestos aquellas partidas que no son absolutamente necesarias ó que se mantienen por lujo; pero ¿es que puede haber de esas partidas en los presupuestos? ¿Se puede, acaso, emplear el dinero del país en cosas que no estén bien justificadas? Si tales partidas existieran, y con ellas responsabilidades que no parece probable que nadie quiera arrostrar, habría que hacerlas desaparecer inmediatamente, porque serían de todo punto intolerables; pero, aun suponiendo que existieran, todas ellas suprimidas, no rebajarían cantidades que afectaran sensiblemente al presupuesto general, serían verdaderamente despreciables y de ninguna importancia ante la desaparición del déficit.

Creen otros que es preciso cortar por lo sano y suprimir servicios. Pero si el Estado debe crearlos y mantenerlos en bien del país y porque absolutamente le incumbe, si no quiere dejar de llamarse Estado, ¿cómo podrá suprimirlos? O no ha debido crearlos, ó no puede suprimirlos.

El tercer sistema, al cual, por desgracia, se recurre, consiste en conservar los servicios rebajando los gastos, es decir, dejándolos indotados, para que se hagan forzosamente mal; lo que equivale á no tener servicios ni economías, porque es indudable que la supresión produce la economía de su costo; pero el dejarlos sin medios de funcionar es dar á lo que en ellos se gaste el carácter de intolerable despilfarro.

La verdadera economía consiste en hacer mejor los servicios con el mismo costo, y, en todo caso, en hacerlos bien; porque nada es tan caro como lo que se hace mal, siendo preferibles las economías de una supresión al daño incalculable de los sacrificios estériles.

El Ejército debe considerarse como el servicio de mayor importancia del Estado, y veamos adónde conducen las economías introducidas en las cifras, y sólo en las cifras, dejando lo mismo el contingente y la organización.

La guerra moderna exige que los ejércitos tengan perfectamente equilibrados todos sus elementos y sus servicios, y debe afirmarse resueltamente que aquel á quien falten esas condiciones estará vencido antes de abrir el combate. Y no hay insensatez comparable á la de crear ejércitos para la derrota y para la vergüenza, ni responsabilidad comparable á la de emplear los millones que da el país para su propia defensa, en cosa tan estéril y tan perjudicial como la de tener ejércitos malos; porque suprimiéndolos, se tendrían los mismos males, pero mucho más baratos. Los ejércitos se crean para la victoria, ó no se crean. Y si los que son aptos para lograrla todavía pueden ser vencidos, ¡qué esperanzas de triunfos podrán tener aquellos que notoriamente son ineptos para toda empresa marcial! (*Muy bien, muy bien.*)

Para que se vea hasta qué punto han de tener todos los servicios equilibrados, basta recorrer las diversas fases por que se pasa desde la decisión de guerrear hasta la primera batalla: Ordenes de movilización, que, si no son atinadas, introducirán el desorden; primeras concentraciones para formar las pequeñas unidades, uniformarlas y armarlas; nuevas concentraciones para la formación de las unidades de guerra; otras concentraciones para llegar á las divisiones y cuerpos de Ejército, en todas las cuales ha de haber un orden tan esmerado y perfecto, como que de ellas pende el que la movilización no se convierta en una verdadera anarquía; formación del frente estratégico para tener las fuerzas en la mano, que es una nueva concentración, á la que habré de llamar, para que nos entendamos, porque es la frase consagrada por el uso, aunque evidentemente contradictoria, *despliegue estratégico*. Diré por qué la encuentro contradictoria, aunque esta digresión me desvíe de la enumeración que venía haciendo.

Desplegar lleva envuelta la idea de diseminación; no cabe pronunciarla, sin que se venga á la mente algo parecido á lo que sucede con las guerrillas, ó sea el paso del orden cerrado al orden abierto, extendiéndose por parejas ó grupos para agrandar un frente. En cambio, no se puede tener concepto exacto de la estrategia sin ver en ella envuelta la idea de la concentración antes de la batalla. Se concibe la estrategia, diseminando las fuerzas, sólo cuando se rehuye un choque que no conviene aceptar, ó para variar un plan de operaciones, ó después del combate, y singularmente después de una derrota; pero para preparar la batalla, los movimientos son siempre de concentración. Ahora bien; si desplegar es diseminarse, y la estrategia antes de la batalla es esencialmente concentraciones sucesivas, la denominación de despliegue estratégico envuelve algo contradictorio, siendo más exacto decir que se forma el frente estratégico, aunque el uso obligue á aceptar lo corriente.

Con esto bastaría para formar juicio acerca de la necesidad de que todos estos movimientos se realicen con una precisión acabada, lo que

no será hacedero sin que todas las fuerzas tengan perfectamente ponderados todos los elementos de dirección, de mando y de obediencia; pero vienen después los movimientos logísticos que exija el plan estratégico, en los que no sólo ha de contarse con el transporte de todas armas, sino con la inmensidad de secciones que exige el municionamiento de boca y guerra, acrecentado en proporciones que espantan, y complicado todo, además, con los servicios de exploración y de seguridad; y este conjunto de operaciones tan complicadas persuade de que sin el equilibrio perfecto de cuanto en ellas interviene, para que cada cosa se halle en su punto en el momento preciso, no cabe soñar con el efecto útil que debe esperarse de la complicada máquina que se maneja.

Todavía contribuirá á afirmar estas ideas el examen de lo que á cada una de las armas se le exige para ó en la batalla.

A la Caballería, sin perjuicio de la misión que le corresponde como arma de combate, le exige la guerra moderna que atienda á estas tres condiciones: 1.^a, cubrir al ejército amigo hasta hacerlo inabordable para la exploración enemiga; 2.^a, explorar al adversario para proporcionar á la dirección suprema las noticias más exactas y detalladas, á fin de que los planes se desarrollen sobre fundamentos sólidos; y 3.^a, mantener las relaciones entre las fuerzas, combatan ó no, para que puedan concurrir á la batalla aun las más apartadas y apoyarse en el choque. Hace esto pensar en que las primeras guerras comenzaran ya por los combates de Caballería y Artillería á caballo, llegando muchos á afirmar que la Caballería que se haga dominante dejará por completo á su propio ejército la iniciativa estratégica, que es tener ya mucho camino andado para la victoria. (*Muy bien. Aplausos.*)

Pues llegados al campo de batalla, parece indudable que casi siempre será forzoso empezar por el duelo de Artillería; y se da hoy tanta importancia á que despliegue rápidamente y en masa, que se prescinde en absoluto de las reservas para alcanzar la superioridad numérica desde los primeros momentos; porque el que consiga eso, á igualdad de las demás condiciones, destruirá sucesivamente á las baterías contrarias á medida que ocupen las posiciones de combate; y así como se dice que la superioridad de la Caballería proporciona la iniciativa estratégica, se afirma también que la Infantería cuya Artillería se haya hecho dominante, alcanzará la superioridad táctica, que es también un gran paso en el camino de la victoria. (*Aplausos.*)

Pero las batallas no se resuelven sin el choque personal ó la decisión de realizarlo; y esa misión, que corresponde casi por entero á la Infantería, no podría llevarla á cabo sin que las armas compañeras suyas le ayuden y faciliten la empresa, porque los asaltos de frente y aun combinados con los de flanco, no cabe intentarlos ya con el armamento moderno y en el orden disperso, que es su consecuencia, sin haber quebrantado mucho las posiciones y las fuerzas enemigas con los fuegos

de fusil y de cañón, acompañándose éstos en todo momento, de suerte que ya no rehuye la Artillería el fuego de los infantes, ni se aleja del alcance eficaz de sus armas, ni deja de apoyarlos jamás; de modo que, ni aun falta de municiones, abandona el combate. (*Muy bien.*) ¡Ya se comprende la inmensa ventaja de una Infantería que pueda batir á la contraria con Artillería que sea ó se haya hecho superior á la misma del adversario!

Se ve, pues, y es inútil insistir con mayores esclarecimientos, que las relaciones entre los caballos y las piezas con los infantes deben estudiarse y conservarse con gran esmero, y que el desequilibrio propio de las armas y de todos los demás servicios dan ventajas al enemigo de muchísima consideración, á la vez que hace imposible obtener del Ejército todo el efecto útil imaginado; lo que induce á pensar que cuando se halla mal construído, podrá ir al sacrificio salvando el honor, pero no á las victorias decisivas.

Cuanto llevo dicho tiende á demostrar que no puede negarse jamás al Ejército cosa alguna que con la calidad se relacione, porque sería engañarse malamente el pensar que se tiene un Ejército cuando le dan aspecto de tal los hombres uniformados y armados en número tan grande como se quiera, siendo la realidad que el instrumento resulta inservible por inepto para los altísimos fines que le incumben, y comprado todo ello al carísimo precio de enormes gastos, de sacrificios sin cuento, de sangre estérilmente vertida y de inmerecidos desprestigios.

Y debiendo ser la calidad el objeto de todos los afanes para que el Ejército, grande ó pequeño, sea lo mejor de lo mejor, veamos adónde conducen las economías que se introducen en ciertos servicios, para atender con ellas á otros indotados, empeñándose neciamente en obtener resultados que aparentan cuatro con fondos que valen dos. Y continúo ahora copiándome á mí mismo, valiéndome de razonamientos que otras veces he hecho.

Bastará que os diga que he visto regimientos en los que, descontados los gastadores, trompetas, tambores, músicos, asistentes, plazas destinadas á servicios indispensables y *licenciados*, quedaban reducidos en fuerza á menos plazas que las de Jefes, Oficiales y clases, y que en la Caballería cada jinete tenía á su servicio dos caballos, para que saquéis las consecuencias.

Así sucede que los Capitanes y subalternos no han mandado jamás fuerzas comparables á la de compañías; que los Jefes tienen que considerar á lo que no llega á éstas como batallón; que los Coroneles creen que ha mandado regimientos, cuando no han tenido á sus órdenes ni batallones; que los Generales no habrán podido mandar cosa que se parezca á brigadas ó divisiones, ni maniobrar con las tres Armas, y menos con todos los elementos que reclama la guerra, porque no es posible ni la instrucción esmerada y perfecta de unidades que no se pa-

recen siquiera á lo que debieran ser, ni debe extrañarse que, en condiciones tales, la falta de hábito reduzca el entusiasmo y aniquile ó achique el espíritu militar. (*Muy bien.*) Mucho mejor sería el reducir el número de unidades; pero que las compañías, batallones, regimientos y divisiones fueran tales compañías, batallones, regimientos y divisiones, dando á todo las condiciones de organización é instrucción que reclaman, con cuantos ejercicios, maniobras y prácticas se necesiten, para que la vida militar en la paz se parezca cuanto sea dable á la vida militar en la guerra, y dejando á la improvisación propia de este estado lo menos posible, que siempre será mucho, porque nadie pretenderá cuerdamente el saber realizar en presencia del enemigo lo que se ignora hacer en las holguras de los tiempos tranquilos, sin la presión de las incertidumbres, de las responsabilidades ni de los peligros.

Convengamos en que así no se tienen ejércitos, y en que las únicas economías recomendables son las que saben hacer de lo mucho [malo] poco bueno. Vale más un regimiento bueno que una división mala; y sólo lo bueno es útil; y tanto peor lo malo cuanto más grande.

¿Qué es, pues, lo que incumbe al Estado? Corresponde á los Cuerpos Colegisladores, corresponde á la política, en general, la difícilísima misión de estudiar el propio país, de averiguar cuántas y cuáles son sus fuentes de riqueza, por qué medios se ciegan y esterilizan y cómo se mejoran y acrecientan, cuál es, en suma, el total de sus fuerzas económicas, así como su estado de debilidad ó esperanzas de engrandecimiento, comparando sus recursos con el número y calidad de los servicios que deben mantenerse, á fin de poder señalar el presupuesto total de gastos y el especial de cada servicio. Pero una vez asignado el de cada uno, destinando al Ejército la mayor suma posible, porque es el de mayor importancia, el problema consiste en construir ese organismo acomodando á la cifra *la cantidad*, pero asegurando que *la calidad* será bajo todos los aspectos *inmejorable*. Agrandar el contingente á costa de la calidad es la mayor de las locuras, sólo comparable á la de negar á la calidad cosa alguna, cuando siempre es hacedero que lo poco sea bueno, sabiendo asignar las dimensiones que á lo poco convengan.

Nosotros no tenemos nunca términos medios. O tenemos los servicios, por importantes que sean, absolutamente indotados hasta convertirse en perjudiciales, ó queremos hacer de un golpe y crear como por encanto los ejércitos y las escuadras; ¡como si fuera posible improvisar los elementos de guerra, aunque se trate de los puramente materiales, y menos todavía los hombres aptos, entre los que singularmente han de contarse docenas de Generales, cientos de Coroneles y millares de Oficiales! Eso no debe intentarse de un golpe jamás, aunque los recursos económicos lo consintieran. Ante todo es formar un núcleo, mayor ó menor, pero inmejorable, que sirva de ejemplo, de foco, de escuela, á cuyo contacto y como por contagio se formen, agrandándolo, otras

fuerzas armadas más importantes. La improvisación en estos graves asuntos sólo puede conducir al barullo y á la confusión primero, y más tarde á los crueles desengaños.

Quede, pues, bien sentado que puede pasarse por un Ejército mayor ó menor, según lo consientan los medios económicos de que el país disponga, bien entendido que los sacrificios exagerados, si llegan á empobrecerlo, harán imposible el sostenimiento de una fuerza poderosa, y más aún que sea eficaz en los conflictos guerreros, donde se necesitan en grande escala; pero lo que no puede tolerarse es que se niegue á ese Ejército cuanto le sea necesario para llegar á la perfección suma.

Y sin faltar á esas ideas, cuando por circunstancias extraordinarias y muchas veces constitucionales, como nos sucede á nosotros, no sea posible pensar en movilizaciones y concentraciones tan rápidas como exige el método moderno de guerrear para tomar la ofensiva, deberán acomodarse los ejércitos á esa otra guerra que llaman chica, de guerrillas, de montaña ó defensiva, y que mejor debe llamarse contraofensiva, porque la defensiva está en abierta contradicción con el triunfo.

No tuve el gusto de oír la conferencia dada en este Centro por uno de nuestros más ilustres Generales; pero he visto en los extractos de periódicos que llegaba á conclusiones parecidas, y no tengo para qué decir la gran satisfacción que me produce el ir en tan buena compañía.

El carácter de generalidad que tienen los razonamientos anteriores permite hacerlos extensivos á la guerra de mar, que tiene también su guerra chica ó contraofensiva, y me basta por ahora hacer esta generalización, de la que me aprovecharé más tarde.

Queda con esto terminada la primera parte, relacionada con las economías, que si no son del género de las que he dicho deben abominarse, porque con ellas no hay Ejército posible, y veamos ahora el partido que puede sacarse de esas ideas para la defensa nacional.

Declaro que esta segunda parte es para mí muy difícil. Porque siempre que las circunstancias de cada caso hacen preferibles unos elementos de guerra á otros, pueden éstos tenerse por menospreciados y preteridos, cosa que no entrará jamás en mis propósitos. Lejos de eso, y pensando que nada hay tan perturbador como el señalar preferencias para armas ó institutos determinados, me he esforzado en combatirlo de palabra y por escrito, lo mismo en los Cuerpos Colegisladores que en revistas y libros, por cuantos medios y en cuantas ocasiones he hallado motivo para ello. En la guerra todo es de todos y de cada uno nada; todos contribuyen al objeto total, y cada uno resulta por sí solo deficiente, aunque en momentos dados llegue á representar el papel más importante y decisivo.

Por ejemplo: estamos en un combate; se nota en el enemigo ese movimiento que indica falta de cohesión, falta de consistencia, ya porque haya perdido ciertos Jefes ó hayan sido diezmadas las filas: en esa si-

tuación está indicado el uso de la Caballería, y allí se envían los regimientos; habrá un momento en que las otras armas quedarán admirando las proezas de sus compañeros en las brillantes cargas; pero, ¿pensará nadie que se prefiere el Arma de Caballería á las demás? En otro momento le tocará lucirse á la Artillería, quebrantando posiciones ó rechazando ataques vigorosos, y en otros asombrará la Infantería con su bizarría al asaltar posiciones ó llegando al choque personal en combates decisivos; pero, ¿dirá nadie que es una de estas Armas superior á las demás porque en su oportunidad hayan hecho un papel más brillante?

Sin embargo, si obligaran circunstancias especiales á combatir con una sola Arma, habría de preferirse la Infantería, por ser la que más se presta á la lucha aisladamente.

Y si del ejemplo de un combate pasamos á la defensa nacional, en la cual intervienen elementos como el ejército de campaña, las fortificaciones interiores, de frontera y de costas, las vías de comunicación, singularmente férreas, y la Armada, sólo en casos especiales, en problemas de relación, podrán unos preferirse á los otros, sin que nadie por eso se encuentre menospreciado ni enaltecido.

Decir que las fortificaciones de toda índole no proporcionan en la guerra ventajas de mucha consideración, sería insensatez notoria, así como el negar la importancia de la Escuadra en un país de tantas costas como el nuestro. Habrá que rechazar del modo más enérgico la idea de desatender la defensa del país por medio de fortalezas, y sería verdadera demencia el no pensar seriamente en la creación de una Escuadra, infiriendo además injustificado agravio á la Ingeniería militar y á los marinos; pero en el problema de relación, que consiste en dar el empleo más eficaz á presupuestos más ó menos reducidos é incapaces de atender á la vez á todas las necesidades de la defensa, cabe preferir unos elementos á otros, sin que los que aparezcan en segundo término puedan en lo más mínimo sentirse molestados. Lo mejor es atender á todo; pero, si esto no se puede, ¿qué es lo más urgente y eficaz?

La otra dificultad, no pequeña, con que voy á tropezar en esta segunda parte, es la manera como he de contestar á esa pregunta.

Ha sido ya contestada por uno de nuestros más ilustres estadistas, de los hombres de más talento, acaso el primero de nuestros oradores y amigo mío, para quien tengo yo siempre una gran suma de admiración, de respetos y de cariño. No tuve yo la fortuna de oír su brillante conferencia, é ignoro los razonamientos con que apoyaba sus conclusiones, y casi me inclino á pensar que siendo obra suya, será atinada y perfecta. Pero esas conclusiones, tal como las dieron en extracto los periódicos, son estas: primero, una Escuadra con barcos que combatan y no huyan; segundo, defensa de costas; y tercero, Ejército.

Y yo he de llegar á estas otras: primero, Ejército; segundo, defensa de

poblaciones costeras; y por último, Escuadra acomodada al principio, á la contraofensiva, con barcos que rehuyan todo combate decisivo.

Lo primero que para ello necesito demostrar es que en este problema de relación es preferible el Ejército á las fortificaciones.

Dejo á un lado todos los razonamientos estratégicos de índole general, y voy á limitarme á dar á conocer las opiniones de militares alemanes de gran valía, acerca de este punto concreto.

El General Von der Goltz, dice á este propósito:

«Una fortaleza ha de construirse en condiciones que no pueda ser rendida con los medios de que dispone un ejército de operaciones que reúna todos los elementos para abastecer y alojar á la guarnición, y que pueda sostenerse sin la intervención del ejército amigo.

»Se sigue de aquí que las fortalezas no están en su centro más que cuando se quiere defender una provincia alejada del teatro de la guerra, adonde no se quiere enviar un ejército. Si las provincias están muy distantes y no tienen comunicaciones aseguradas, ó si el envío de un ejército sobre aquel territorio hubiera de producir una desmembración funesta en las fuerzas de campaña, convendrá fortificar una población importante, de manera que pueda defenderse con pequeña guarnición y que el sitio en regla dure muchos meses. Entonces, aun estando el territorio invadido por el enemigo, pueden apoyarse las estipulaciones para la paz en el hecho de quedar en pie la fortaleza para salvar la provincia.

»Si quisiéramos fortificar todos los puntos importantes para la defensa del país, el número de fortalezas sería excesivo; y además, la experiencia demuestra que no se tendrían donde hicieran falta, si las operaciones se realizaban, como es corriente, donde menos se esperaran. No estaba, ciertamente, desprovista Francia de plazas fuertes en la guerra del 70, y no las tuvo en dos puntos donde le hubieran prestado grandes servicios en la última época de la guerra, como son Orleans y Amiens.

»El perfeccionamiento de la Artillería ha obligado á rodear el recinto de las plazas fuertes con obras destacadas, para poner al abrigo de los proyectiles el núcleo central. Los crecientes alcances del cañón, alejando constantemente los fuertes del recinto, han obligado á añadir nuevas obras é intercalar otros nuevos para fortificar los espacios intermedios, creando, en suma, un perímetro exterior fortificado, y llegando á tener dos fortalezas, una dentro de otra, cosa con que nadie contaba al principio.

»Las guarniciones han tenido que ser aumentadas en consecuencia, y á la postre han llegado á ser tan considerables, que hubieran servido mejor á los mismos fines uniéndose al ejército de operaciones, sin haber tenido necesidad de crear las fortalezas. *Incontestablemente nos hemos metido en un mal camino, que por el bien nacional y la economía de fuerzas es forzoso abandonar.*»

El Capitán de Estado Mayor Schroeter, dice: «La importancia de una plaza fuerte depende de su situación y de su proximidad al teatro de la guerra. Su valor es muy relativo.»

El Coronel Bernhardi da la mayor importancia á las comunicaciones, y sobre todo á los caminos de hierro, y dice: «Para que el Ejército conserve constantemente la libertad de maniobrar, debe emanciparse de toda ligadura forzosa con la red férrea, haciendo para ello amplio uso de los ferrocarriles portátiles, á fin de que no sólo cada ejército, sino cada cuerpo de ejército, pueda disponer de una línea en todos sus movimientos. Ningún sacrificio debe escatimarse para dotar al ejército de una red férrea móvil, para no correr el riesgo de verse paralizado en sus movimientos, y para ello es forzoso crear en tiempo de paz un personal y material tan inteligente y poderoso, que no deje nada que desear.»

Pero el que con más decisión trata el asunto con que me ocupo es el General Von Schlichting, cuyas opiniones son estas: «La guerra de 1870-71 — dice — ha demostrado, tanto como la de 1866, que el Estado Mayor prusiano ha realizado lo más seguro para la defensa de un país, reforzando lo más posible el Ejército de operaciones, desarrollando los ferrocarriles y activando la movilización para llevar la guerra al campo enemigo.

»La superioridad alemana ha consistido: 1.º En que la organización del Ejército permitía una movilización segura y rápida. 2.º En que la red de ferrocarriles permitía llevar prontamente á la frontera *todo el Ejército de campaña convertido en fortaleza viviente*, contestando á los preparativos del enemigo con medidas juiciosas, *sin basar para nada la defensa de Alemania en ningún sistema de plazas fuertes*. Y 3.º En que el Ejército alemán había tomado la ofensiva antes que el adversario hubiera terminado su organización. El objetivo militar de esa ofensiva ha sido siempre el buscar al Ejército principal enemigo para derrotarlo. No se ha tenido en cuenta para nada, como no se tuvo en 1866, el sistema de las plazas fuertes, y toda Alemania ha sido depósito de víveres y municiones, gracias al empleo de los ferrocarriles y del telégrafo.

»Ni las fortalezas del Rhin han sido tomadas en consideración para las operaciones ofensivas, y se ha partido siempre del principio de que *la primera preocupación es la victoria, y que para lograrla lo que hay que reforzar es el Ejército, no las fortalezas*.

»Por el contrario, el Ejército francés tomó por base la plaza de Metz y le fué fatal. El Ejército de Bazaine, que era el mejor de Francia, se suicidó encerrándose en Metz, y quince días después era prisionero el Ejército de Mac-Mahón, todo entero, por querer librar al de Bazaine y apoyarse en las plazas de la frontera.

»Francia no hubiera sufrido tan gran desastre si no hubiera existido el campo atrincherado de Metz; y aun cuando los ejércitos franceses hubieran sido terriblemente derrotados, no hubiera sido su situación

tan desesperada rechazados sus restos detrás del Loira, porque esos restos hubieran proporcionado los cuadros de los ejércitos de nueva formación, mientras que sin ellos no pudo Gambetta organizar nada sólido. ¡Si se pudieran improvisar ejércitos en tiempo de guerra, no haría falta gastar tantos millones en tiempo de paz para conservar los cuadros!

»Asimismo el campo atrincherado de París no podía defenderse con menos de 300.000 hombres, y ese contingente proporciona un Ejército muy capaz de *defender mejor á la capital fuera de sus muros, sobre el Rhin ó sobre la frontera, que encerrados en su recinto*. Es cierto que aquellos eran medianos soldados, habiéndose olvidado el gran principio de que se deben consagrar los mayores recursos posibles á la formación de soldados *para los ejércitos de campaña*, y esos olvidos son absolutamente irreparables en el caso de guerra.»

«Los caminos de hierro — dice el mismo General en otra parte — son hoy día un elemento de importancia capital. Realizará mejor y más pronto las concentraciones aquel que disponga de una red más desarrollada de ferrocarriles, y á ese desarrollo se debe mirar con predilección en cuanto se tema una guerra. *La preocupación de impedir su uso al adversario por medio de fuertes, debe ser secundaria*.

»Para reunir las mayores garantías de vencer es, pues, necesario:

»1.º Un Ejército de campaña lo más fuerte posible, bien instruído y fácilmente movilizable, porque si él vence, la guerra se acaba. *Fortificar ese Ejército con la mejor organización, la mayor cantidad y la mejor calidad, es lo más esencial de todo, y cuanto tienda á debilitarlo será contraproducente*; y

»2.º Una red de ferrocarriles completa. Los ferrocarriles son el instrumento por excelencia para concentrar rápidamente los ejércitos y abrir las operaciones, y el protegerlos debe ser preocupación de segundo orden, no debiendo jamás por esta causa contrariar su desarrollo.

»A igualdad de las demás condiciones, vencerá el General que tenga superioridad en esos dos aspectos.

»Las fortalezas no tienen importancia en la guerra más que cuando se hallan en contacto inmediato con las operaciones; la experiencia de 1866 y 1870 ha demostrado que son frecuentemente funestas para los poseedores.

»Los puntos de importancia estratégica permanente son raros, y no se puede tener nunca la certeza de que las operaciones hayan de desarrollarse dentro de su radio de acción.

»La protección de las costas impone al Estado y al Ejército de campaña nuevos sacrificios.»

Y así pudiera acumular muchas otras opiniones y datos que juzgo ya innecesarios. Bastaría para ello coger el reciente libro del General Pierrón, por muchos conceptos recomendable. A la novedad de escribir un libro interesante con opiniones de otros, de suerte que no hay en él

de su autor más que las cuatro páginas de la introducción, hay que agregar que pocos libros de quinientas páginas reunirán mayor cantidad de enseñanzas militares utilísimas. En él encontraría referencias á montones para demostrar que la fortificación permanente sólo es eficaz con la condición de ser atacada, y que el porvenir es, en cambio, de la fortificación pasajera.

Pero aunque prescindiera ya de otras opiniones, lo que no me perdonaría es que no os dijera las de Moltke acerca de esta materia.

Sobre los inconvenientes de las fortalezas dice el General Von Moltke, en Memorias dirigidas al Ministro de la Guerra Von Roon, lo que sigue:

«Las fortalezas en la frontera deben estar armadas y guarnecidas en tiempo de paz. Lo primero sólo exige sacrificios pecuniarios, pero lo segundo no es tan fácil, porque se les debe destinar fuerzas de las reservas, de las cuales no se dispone en tiempo de paz, y el destinarles tropas de las de activo debilitaría al Ejército de campaña.

»*Considero que estaremos más seguros completando rápidamente la red de ferrocarriles que haciendo trabajos de fortificación.*

»Cuanto al acrecentamiento del campo atrincherado de Sarrelouis, ya he dicho mis opiniones.

»Una fortaleza situada tan cerca de la frontera debe estar completamente dotada de su armamento en tiempo de paz, y la Infantería de la décimasexta división sería necesaria toda entera y no bastaría para guarnecerla desde la primera amenaza de guerra.

»Si nos viéramos obligados á una guerra defensiva sobre el Rhin, el librar á la guarnición bloqueada en Sarrelouis sería una operación verdaderamente difícil; y si, por el contrario, como es de esperar, tomamos la iniciativa para invadir á Francia, no necesitamos de fortaleza ninguna para pasar el Sarre.

»Tampoco puede concedérsele importancia como depósito en el caso de tomar la ofensiva; porque una buena red de ferrocarriles á la espalda, en la que nos es absolutamente preciso pensar, aseguraría los abastecimientos mejor que las fortalezas en la margen del río. Yo no puedo menos de insistir en mis opiniones, ya conocidas, respecto á que la construcción de los ferrocarriles estratégicos es lo más importante y urgente, destinando á ello todos los recursos disponibles para la defensa del país.

»Los campos atrincherados tienen la desventaja, sobre todo cuando no tienen núcleo central, de que no tienen solidez sin el apoyo del Ejército, cuya presencia rara vez podrá garantizarse.

»Hasta aquí, en los anales militares, la historia de los campos atrincherados es la historia de las capitulaciones.

»Cuanto á los pequeños fuertes, destinados á impedir que el enemigo utilice nuestros ferrocarriles, considero que no darían tan buen resul-

tado como las destrucciones llevadas á cabo en puntos convenientes; y puestos á defender obras de fábrica importantes, sería preciso hacer lo mismo con los túneles y multiplicar extraordinariamente esas fortificaciones, que necesitarían, además, guarnecerse.

»Aun desde este punto de vista no puedo atribuir utilidad alguna real á este género de fuertes.»

Y en punto á la mayor importancia que da el General Moltke al Ejército sobre todo lo demás, bastará citar una concisa y hermosísima frase suya. Cuando visitó el célebre cuadrilátero italiano, formado por las fortalezas de Verona, Legnano, Mantua y Peschiera, le preguntaron los Generales italianos su opinión sobre la influencia que pudiera tener en la defensa de Italia, y, constreñido á contestar, dijo estas sencillas palabras: «Cuidad, cuidad del Ejército.»

En cuanto precede habéis visto hacer una distinción precisa entre el Ejército y las comunicaciones, y más especialmente las férreas, señalando la importancia que éstas tienen en la guerra moderna y prefiriéndolas á todo sistema de fortificaciones, en las cuales se distraen fuerzas que serían más eficaces operando. El General Schlichting dice, según hemos visto: Primero, Ejército de las condiciones que indica; y después, red de ferrocarriles con las condiciones que enumera, para convertir al Ejército en fortaleza viviente y móvil, y al país amigo en depósito general de todo género de abastecimientos.

Pero, ¿no podría considerarse el sistema de comunicaciones como inherente al Ejército, como uno de sus elementos indispensables y constituyentes? Si sólo ha de considerarse propio del Ejército lo que con él se mueve, no; pero si se le considera anejo cuanto es para él de importancia vital, sí. El Ejército muere de hambre si le faltan las municiones de boca, y queda desarmado y expuesto á la derrota si le faltan las de guerra; pero no muere menos ni queda menos desarmado cuando le falta la movilidad, que es su propia vida ó el alma de su vida, sin la cual no hay iniciativa posible; de suerte que el moverse bien y con rapidez le es tan necesario como el alimentarse, municionarse ó armarse. (*Muy bien, muy bien.*)

Así, cuando diga ya Ejército inmejorable, Ejército perfecto, habré de comprender también este punto de vista, porque no puede considerarse buen Ejército al que carece de condiciones para la movilidad, que es tanto como decir que le está vedada la iniciativa estratégica y todo género de ofensiva, que es el alma de la guerra. (*Muy bien.*)

En esas condiciones se ve que el Ejército es antes que todo y vale más que todo; que su misión es vencer, y que para vencer ha de buscar como primer objetivo al Ejército enemigo, cuya derrota acabará la campaña y traerá la paz; que con el Ejército que cae, también caen todas las fortificaciones de todo género y plazas fuertes de toda índole; y que si el Ejército se rehace y surge tomando la iniciativa, resurgen

también todas las fortalezas. Bien está, pues, que se atienda á todo cuando hay para todo espacio y recursos; pero en el problema de relación que estudiamos, el medio más eficaz de emplear los recursos de que se dispone es fortalecer cuanto sea posible el Ejército, equilibrando sus servicios y dotándolo de cuanto necesite para ser inmejorable, porque es lo único que puede sustituir á todo con ventaja. (*Muy bien.*)

No hay para qué decir que los razonamientos que preceden convienen tanto á las fortificaciones interiores como á las de costa.

El problema estratégico del desembarco no es otro que el del paso de un río. Ya nadie defendería una ribera ni miraría con predilección el oponerse al paso, y hasta vería con cierta impasibilidad una cabeza de puente; lo que interesa no es tanto que no se pase el río, como el derrotar al que lo pasa con el río á la espalda, obligándole á repasarlo en derrota; y para eso es más eficaz el situar las fuerzas á distancia, dispuestas á caer concentradas sobre el punto de paso.

Pues la costa puede compararse á la ribera de un río más ancho; y no interesa tanto que no se desembarque, como el hacer imposible el asentar el pie con tranquilidad; lo que importa es obligar al reembarco, derrotando al enemigo con el mar á la espalda; y eso será siempre hacedero, si se han estudiado bien esos puntos y se consideran como probables de concentración, y se tienen caminos que á ellos conduzcan, y el Ejército, en fin, en masa, puede llegar á esos puntos en pocas horas, con todos sus elementos de combate y de sitio; porque la mayor de las escuadras no será potente para llevar fuerzas de desembarco capaces de combatir con el Ejército permanente de una nación, por pequeño que sea. (*Muy bien. Aplausos.*)

Nadie entenderá, por otra parte, que la defensa de costas consiste en diseminar á lo largo de ellas baterías y fuertes con sus correspondientes dotaciones, que serían perjudiciales bajo muchos aspectos que no tengo ya tiempo de detallar. Lo indispensable es establecer baterías potentes en aquellas poblaciones costeras cuyo número de habitantes y riqueza comercial ó industrial sean importantes, para que no pueda una Escuadra destruir á mansalva esas riquezas, sino, por el contrario, exponiéndose á que sus barcos se vayan á pique.

El Ejército, además, es potente, cuando se construye con las condiciones que indico, para dar al país toda especie de tranquilidad respecto de aquellos puntos que por muchos conceptos nos interesan, y de otros que pudieran creerse amenazados; pero no puedo entrar en detalles de la defensa, que ningún hombre de guerra (¡y yo me tengo por hombre de guerra!) trataría públicamente. Por algo ninguna nación consiente que saquen fotografías, ni planos, ni que visiten siquiera sus fortificaciones, y nadie pretendería que se dieran al público los planos y documentos de que el Estado Mayor se sirve y custodia, porque cuanto con la defensa nacional se relaciona es cosa santa, que debe

conservarse en el altar del patriotismo y en la urna del secreto. (*Muy bien, muy bien.*)

Sólo os pido ya unos momentos para decir algunas palabras de la Escuadra (*Si, sí*), y terminaré con ellas.

Que la Escuadra es importantísima para la defensa de las costas y de las naciones, no hay para qué decirlo, y más cuando esa fuerza es esencialmente ofensiva, y no hay defensa mejor que el ataque. Pero, para ser lo mejor de lo mejor, lo primero en la defensa, de tal suerte que ella sola se baste para todo, necesita dos condiciones: primera, que no haya fronteras de tierra en la nación de que se trate; y segunda, que sea bastante poderosa para luchar con aquellas que puedan ser sus enemigas. Porque si hay fronteras de tierra, como sucede en España, ¿quién pretendería que nos pasáramos sin Ejército, ó con Ejército mezquino y defectuoso? Y si la fuerza de que dispone es inferior á la de su enemiga, ¿qué podría hacer de ofensivo, ni cómo podría evitar el retirarse á los puertos?

Se me dirá ahora que nosotros no tenemos Escuadra, y que es preciso crearla. Es cierto; pero si comenzamos por los grandes acorazados de combate, mientras con ellos seamos inferiores á las escuadras con quienes tuviéramos que combatir, su misión sería la de meterse, como en Santiago de Cuba, en los puertos, cuyas bocas se cerrarían con fuerzas superiores, que no podrían hacer cosa mejor que inutilizarlos, haciéndose dueñas del mar. Es preferible crear al principio barcos aptos para la contraofensiva, llámense torpederos, submarinos, monitores de condiciones especiales, ó como se quiera, que sean capaces de molestar más que de combatir, ó de combatir defendiéndose más que atacando.

Aún se me dirá que esos pocos barcos, incapaces por su número para presentarse en línea de combate, pueden ser fundamento de convenientes alianzas, con las cuales se acrecientan hasta poder combatir con las más poderosas; pero yo diré á eso que las alianzas se encuentran fácilmente *cuando no se necesitan*, y no se obtienen á ningún precio cuando hacen falta; y para esas alianzas valdrá siempre mucho más un Ejército poderoso y bien conformado, que unos cuantos barcos, por acorazados que sean. (*Muy bien, muy bien.*) Pero no es ya hora de insistir en esto.

No se olvide, además, y no me cansaré de repetirlo, que estudiamos un problema de relación. Si los recursos alcanzan para tener de todo, buena será la fortificación interior, la de fronteras y costas y la Escuadra, y á todo deberá atenderse; pero cuando se trata de darles el empleo más eficaz, no cabe duda que el Ejército es lo primero, y que á igualdad de costo, con nada se hace más eficaz la defensa que con él, llevado al último grado de bondad y á la mayor cantidad posible. El presupuesto de unos cuantos acorazados de combate y lo que para ellos se necesita, llegaría fácilmente á varios cientos de millones de pesetas y con ese dinero, cuando nada se tiene perfecto y hay que crearlo casi todo..... ¡se

puede perfeccionar mucho el ejército terrestre! ¡Y ya hemos visto su importancia en la defensa nacional!

Y termino ya, resumiendo las conclusiones á que hemos llegado y que son éstas:

1.^a Las únicas economías que pueden ser toleradas en el Ejército son aquellas que se refieran al contingente, ó mejor dicho, á la cantidad

2.^a Tales economías, cuando las impone el estado económico del país, pueden llegar á ser el fundamento de la existencia y prosperidad de la fuerza armada, preparando á la Nación para nuevos futuros sacrificios.

3.^a Deben abominarse todas las economías que tiendan á menoscabar en lo más mínimo la calidad de las tropas, porque el Ejército ha de ser inmejorable para ser verdaderamente útil.

4.^a Vale más reducir el contingente, mejorando su calidad, que aumentarlo á costa de ésta.

5.^a Jamás debe intentarse la improvisación de un Ejército grande, aun contando con los recursos necesarios, siendomejor agrandarlo con el ejemplo y por el contacto de un núcleo perfectísimo.

6.^a Cuando no se puede construirlo para la iniciativa estratégica, que es lo mejor, debe acomodarse á la contraofensiva.

7.^a La red de comunicaciones, especialmente férreas, que aseguran su movilidad, debe preferirse á los sistemas de fortalezas que lo dividen y enclavan en el terreno.

8.^a El buen Ejército, cuando para todo no hay recursos, sustituye con ventaja á todo otro linaje de defensas, debiendo acumularse en él los sacrificios y los gastos.

9.^a Viene en segundo término y tiene grandísima importancia el artillado de las poblaciones costeras importantes.

10. Y por último, partiendo siempre de la hipótesis de que no sea posible atender á todo á la vez, vendrá la Escuadra, comenzando por darle barcos que se acomoden más á la guerra chica ó contraofensiva, rehuyendo para ello todo combate decisivo.

Si meditáis ahora sobre la manera que he tenido de llegar á las conclusiones que preceden, hallaréis sin duda alguna, y permitidme la frase, diferencias de espesor en los razonamientos; porque en tanto que he reforzado algunos puntos para llegar á demostraciones, he dejado otros muy débiles y como cobijados en la generalización.

Es cierto, y pudiera defenderme recordando aquellas frases del principio, en las que os decía que me resignaba con la misión de los hombres políticos, á quienes les es forzoso hacer las cosas improvisadas é incompletas, limitándose á presentar esquemas ó bosquejos; pero quiero ser más sincero todavía.

Temía, de una parte, el que me faltaran fuerzas, por ser la primera vez que hablo en público después de mi última grave enfermedad; y veía por otra, que se acababa el tiempo que de ordinario dedicáis á estas

conferencias. Estas dos razones me han obligado á ir recortando la ampliación de los conceptos, porque os aseguro que traía para deciros mayor cantidad de materia.

Pero lo que no he recortado ni poco ni mucho, es la gratitud de que antes os hablaba, acrecentada ahora por la benevolencia con que me habéis escuchado; lo que no he recortado es mi afición y mi entusiasmo por las cosas de guerra; lo que no he recortado es mi afecto hacia vosotros, que habéis llenado de proezas nuestra historia, que sois nuestro orgullo representado por un pasado gloriosísimo, que sois hoy la esperanza de un porvenir que merecemos y lograremos, y seréis mañana, como habéis sido y seréis siempre, los que nos aseguren la posesión de una Patria, que es la mayor de las grandes ideas, sin la que todo parece yerto y frío, y con la cual únicamente es posible que cada uno viva en su propia tierra con libertad, con independencia y con honra. (*Muchos y prolongados aplausos.*)

Recibid, pues, estas manifestaciones con el mismo cariño que yo os las envío, y dándoos nuevamente las gracias, os doy también..... ¡las buenas noches! (*Nuevos aplausos muy prolongados.*)



R
3193

BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



10000208051

R 003193